CAPITULO XVII.

EL LECHO DEL DOLOR.—UN AMIGO LEAL.—UN CELOSO.

Estamos en uno de los cuartos de una casa situada en la calle Domiciana.

Era en los mismos instantes en que vimos al hermano de Ione encontrarse con el gran sacerdote de Isis.

Un hombre, de unos sesenta años de edad, yace postrado en su lecho. Su descarnado y pálido rostro revela los padecimientos físicos producidos por una penosa y larga enfermedad.

A su lado, y junto á la cabecera de su cama, se ve enroscado en el suelo, y mirando constantemente hácia el enfermo, un leal perro que parece velar por la seguridad de su querido amo.

Un hombre como de veintiocho años de edad, de buena presencia y de arrogante porte, se paseaba con los brazos cruzados, á lo largo de la pieza, pensativo y cabizbajo.

El anciano le miraba desde su lecho con dulce y cariñosa compasion.

Un silencio sepulcral reinaba en la estancia.

El jóven seguia paseándose.

En su rostro se marcaban las tintas de la ira y de la desesperacion, formando contraste con la dulzura y el interes que se pintaban en el semblante y la mirada del anciano, que no apartaba los ojos de él, y que seguia con ansiedad sus mas leves movimientos.

El perro, enroscado en el suelo, parecia comprender aquella escena, segun la atencion y el interes con que miraba al enfermo.

El individuo que se paseaba se acercó de pronto á la ventana del cuarto que daba al jardin de la casa, y colocando los codos en ella, permaneció un rato con el rostro apoyado entre sus manos.

De repente dejó escapar un suspiro y una exclamacion de ira.

—¡Hijo mio..... querido Márcio!.....—exclamó el anciano con voz débil y fatigado aliento.—¿Por qué entregarte así á la desesperacion?..... ¿No ves que tus padecimientos agravan mi enfermedad?..... ¡Ah!..... confia, hijo mio, confia..... Tal vez no es tu desgracia tan grande como te la imaginas.

—Mayor aún, padre mio: sí; mil veces mayor—dijo Márcio con el acento de la desesperacion, retirándose de la ventana, y volviendo á pasearse á lo largo de la pieza.—Mi prima Eutima, á quien amo con todas mis potencias, me aborrece, me desprecia; y ama y adora, no me cabe ya duda, al hombre que yo detesto, que odio, que destrozaría entre mis manos, porque ha venido á robarme la felicidad con que yo soñaba, y que hubiera alcanzado, estoy seguro, á no presentarse él á arrebatármela.

—Sin embargo, Plinio puede no sentir hácia tu prima pasion ninguna; y no solicitando su amor, dejarte libre el campo, para que tú alcances la posesion de Eutima.

—¡No solicitar su amor!..... ¿Puede haber quien no aspire á él, cuando es una de las mugeres mas hermosas y mas ricas de Pompeya?..... Sí; la mas rica.

—Por muy rica que sea, si Plinio no la ama, no creas tú que las riquezas le obliguen á sacrificar su corazon en aras del interes. Plinio es un jóven lleno de virtudes, incapaz de una accion indigna.

—¿Tambien vos, padre mio, os proponeis hacer el panegírico de sus bellas cualidades?—exclamó exaltado Márcio.—No parece sino que todo el mundo se ha propuesto ensalzar á ese hombre que detesto.

—Debes suponer, querido Márcio, que por mucho que yo reconozca sus virtudes y su talento, siempre tendré mas interes en tu felicidad que en la suya. Conozco que tu prima labraria la ventura de toda tu vida, y por lo mismo deseo que se realice tu enlace con ella, y tengo un dulce presentimiento de que se realizará.

—Vos delirais. ¿Puede realizarse ese presentimiento vuestro, cuando veis que Eutima ha dejado ya de visitarnos, á pesar de que estais enfermo, cuando antes venia diariamente?

—Ha dejado de visitarnos, porque cuando venia la acosabas sin descanso, exijiendo la promesa de que seria tuya; y para alcanzar el amor de las mugeres es preciso.....

—Si.....—le interrumpió Márcio sin dejarle acabar—Para alcanzar el amor de las mugeres es preciso tratarlas con desprecio, humillarlas, ofenderlas.....

—No, Márcio; no, hijo mio. Se necesita respetarlas y ser deferente con ellas.

—Os engañais.

—Yo, aunque soy tu padre y te amo con todas las véras de mi alma, conozco muy bien tus defectos, y sé que uno de ellos es la libertad, la osadía con que desde un principio hablaste á tu prima.

—Pero.....

—Acostumbrado á tratar con esas mugeres que venden su cariño al primero que se acerca á ellas con algunos sestercios, has perdido el tacto que se debe observar con las que realmente son la honra del sexo encantador, y fácilmente cometes faltas que, aunque involuntarias, te enagenan su aprecio.

Márcio hizo un movimiento de impaciencia.

—No te disgustes, Márcio, porque te hablo con la franqueza con que debe hablar un padre á su hijo—añadió el enfermo al notar el movimiento de Márcio.—Preciso es confesar que has tenido una vida muy libre y disipada, y de ello no tienes tú toda la culpa. Yo, sin

quererlo, he sido, en gran parte, la causa principal de tus desarreglos; yo, que dándote mas libertad de la que debia, y poniendo en tus manos gruesas cantidades para que en las reuniones con tus amigos y en tus viajes pudieras figurar en primera línea, te proporcioné, por un mal entendido cariño paternal, los medios de satisfacer todos tus deseos.

—¿Habeis acabado ya la filípica?—exclamó con brusco acento Márcio.

El anciano sintió un pesar profundo y un sentimiento doloroso con aquella altanera y despreciativa pregunta de su hijo, y contestó con acento triste y cariñoso:

—No, hijo mio, y perdóname. Veo con dolor que te irritan mis palabras, y quiero acabar dándote un consejo; no con la autoridad de un padre, sino con el cariño de un pobre anciano que te ama..... por mas ingrato que con él seas..... que te ama y te amará siempre como el mas leal de tus amigos.

Y los ojos del anciano se cubrieron de lágrimas.

—Os escucho—dijo Márcio con sequedad.

—Ama á Eutima con el respeto con que se debe amar á una muger virtuosa; hazla comprender que estimas en tu rival las cualidades que le enaltecen; pero que tú posees otras no menos dignas, y entre ellas la de la imparcialidad y la justicia.....

—¡Hacer yo el elogio de Plinio!.....—exclamó Márcio con exaltacion, sin dejar acabar al anciano.—No; nunca lo haré; nunca!..... Mi odio hácia él es implacable, y jamás finjiré ante ella lo que no siente mi corazon. Lo que yo necesito para alcanzar que Eutima me ame, no es manifestarle mi admiracion hácia mi rival, sino obligar á este á que no se presente mas ante los ojos de la que amo; de la muger que es preciso que sea mia á todo trance, y que lo será aunque tenga que atropellar, para conseguirlo, todos los respetos.

—Advierte.....

—Son inútiles todos vuestros consejos: estoy decidido, y nada me detendrá en mi marcha.

Y Márcio, sin querer escuchar la voz de su anciano padre que le llamaba afligido, salió de la alcoba furioso de celos.

El agobiado enfermo, al verle salir de aquella manera, temió una desgracia, y quedó abatido.

Las lágrimas asomaron de nuevo á sus ojos, y corrieron luego abundantemente por sus pálidas mejillas.

El leal perro, como si comprendiese el dolor que prensaba el pecho de su amo, y como si tratase de compensar la ingratitud de su hijo con el cariño que él le tenia, se levantó de donde estaba, se acercó mas al lecho, levantó la cabeza mirando al anciano con atencion, y esperó una palabra de este.

—Hé aquí el único ser que no es ingrato sobre la tierra—exclamó enternecido el anciano al comprender los nobles instintos del agradecido animal.—¡Los amigos, los parientes, y hasta los hijos que tanto amamos, nos causan pesares, y nos dejan, nos olvidan cuando sufrimos!..... Solo el leal perro nos acompaña en la adversidad; besa la mano del mismo que le castiga y corrije, y le guarda fidelidad hasta la muerte!.....

El enfermo tendió enternecido la mano al decir esto, y pasándola por el lomo del animal añadió acariciándole:

—Gracias, Piton; gracias, mi inseparable y leal amigo: te agradezco tu interes..... pero nada necesito: acuéstate, acuéstate y reposa.

El perro miró á su amo con interes, y se acostó de nuevo junto al lecho, teniendo fija siempre la vista en su amo.

Este enjugó las lágrimas que la ingratitud de su hijo hizo asomar á sus ojos oprimiendo horriblemente su pecho.

La indiferencia, el desprecio de un hijo, es el golpe mas terrible que se puede descargar sobre el corazon de un padre.

Los hijos son los seres que mas se aman sobre la tierra; por quienes los padres sacrifican con un desinteres admirable sus riquezas, su reposo y su bienestar, por los cuales darian gustosos y sin titubear la vida.

El enfermo trajo á la memoria los cuidados que desde la cuna consagró á aquel hijo que idolatraba; á aquel hijo cuya mas leve indisposicion alarmaba su alma, le tenia en contínuo sobresalto, y por quien no volvia á gozar de tranquidad hasta no verle fuera de peligro.

—¡Oh!.....—exclamó el anciano volviendo á sentir nublados sus ojos por el llanto que brotaba de aquel recuerdo—y yo le amo como entonces le amaba; con el amor intenso, inestinguible de un padre que no ve en sus hijos mas que los pedazos queridos de sus entrañas!..... Sí; le quiero, le amo, como entonces le queria y amaba, y le perdono su ingratitud que tanto mal me hace; su ingratitud que me mata, porque un padre no puede mas que perdonar y morir por sus hijos!.....

Y el enfermo quedó agobiado por el peso de aquel sentimiento que oprimia su corazon como la losa del sepulcro.

Preciso era tener un pecho empedernido, como lo tenia Márcio, para no procurar el consuelo de aquel pobre anciano que á los sufrimientos físicos unia los padecimientos morales.

Ahorrar á los padres toda pena, todo disgusto, todo dolor, hé ahí el afan que debe animar á todo el que no haya renunciado á los nobles y tiernos sentimientos de hijo.

Los seres que no se sienten conmovidos ante los dulces nombres de ¡padre y madre! no pueden abrigar virtud ninguna.

¡Dichosos los hijos que procuran recompensar el amor y los sacrificios que por ellos han hecho sus padres, y los aman y los cuidan!.....

Un buen hijo se conquista el aprecio de la sociedad entera.

Se considera un amigo como la joya preciosa, de inestimable precio, que debemos cuidar con imponderable afan en la vida. Los amigos mas invariables y sinceros que cuenta el hombre en el mundo; los amigos que toman una parte activa en sus penas, en sus dolores, en sus aflicciones; los amigos que sienten crecer su cariño á medida que las evoluciones de la fortuna le son contrarias; los amigos siempre dispuestos á dar por él sus intereses, su vida, á sacrificarse, en una palabra, por su felicidad, son los padres.

Un buen hijo debe ser modelo de consideracion, de ternura, de gratitud, de amor hácia sus padres.

Márcio carecia de esos nobles afectos que constituyen el deber filial, y sus mismos amigos le miraban con despego.

El enfermo exhaló un suspiro, y quedó pidiendo interiormente á los dioses que no abandonasen á su hijo.

En aquel instante se abrió la puerta de la alcoba.

Una muger de noble porte, de agradable figura, aunque de bastante edad, penetró en el cuarto, y se acercó cariñosa al enfermo.

Una esclava, llevando una medicina, le seguia.

—¿Y nuestro hijo?—preguntó al enfermo la respetable señora.

—Acaba de salir lleno de exaltacion y de ira contra Plinio, dejándome abrumado de dolor.

—Ese amor le tiene loco, y temo que por él le acontezca una desgracia.

—Es preciso, esposa mia, que tú le hables y le tranquilices..... Yo estoy muy débil..... muy enfermo..... y no puedo sostener una conversacion larga.....

—Sí; yo emplearé todos los medios, toda la ternura de una madre para calmar su espíritu.

—¡Eres tan buena, que te escuchará con respeto!

—Confia, pues, en mí; y reposa un instante, que esta agitacion te hace daño.

El enfermo tomó la medicina, y estrechó la mano de su esposa en manifestacion de gratitud por el cuidado con que le asistia.

La muger se sentó junto á la cabecera del enfermo, y la esclava salió.

Todo quedó á poco en un profundo silencio.

El enfermo, despues de haber tomado la medicina, sintió cerrar los párpados al sueño.

Su esposa, velando á su lado, tenia ocupada su imaginacion en la manera de calmar el corazon de Marcio.

El perro, acostado á sus piés, y sin apartar la vista de su amo, vigilaba cuidadoso y agradecido.

¿Qué era entre tanto de Marcio?

¿A dónde habia ido frenético de celos?

CAPITULO XVIII.

UNA SOSPECHA.—EL TEMPLO DE VENUS.—UN ENCUENTRO.—UNA TABERNA DE POMPEYA.

Marcio salió resuelto á exijir de Plinio la promesa de que no volveria á ver á Eutima.

Imaginándose que si habia vuelto ya de Miseno le encontraria en casa de Diómedes, se dirijió á ella.

Al entrar en el edificio se encontró con el viejo esclavo Medon, y con su antiguo esclavo y confidente Crémes.

Este último se separó de Medon á una indicacion disimulada que al pasar le hizo Marcio, y penetró al momento tras el primo de Eutima.

—¿Ha venido Plinio?—le preguntó en voz baja Marcio á Crémes, al llegar á un sitio retirado.

—No, señor.

—¿No habrá vuelto de Miseno?

—Seguramente no, cuando no ha venido á ver á mi amo Diómedes.

—¿Y Eutima?

—Ha salido.

—¿Sola?

—No, señor.

—Pues con quién?

—Con su amiga Ione.

—¡Con Ione! ¿Y á dónde han ido?

—Al templo de Vénus.

—¿Estás seguro?